
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

AÑO XIX. CÁDIZ 15 DE AGOSTO DE 1870. NÚMERO 27.

EL LÁTIGO.

REVISTA TAUROMÁQUICA



NO SE GANA PARA SUSTOS.

—¿Por qué dices eso, Pelegrin? ¿què sustos son esos á que te refieres?

—¡Ay mi amo! un susto que llevè la noche del viernes último tamaño y tan grande; crea ested que en mucho tiempo no me sale del cuerpo.

—Pero bien, esplicate; dime por qué causa te amedrentastes tanto.

—¡Ay mi amo! usted se hubiera asustado lo mismo que yo; crea usted que si no hubiera bebido tantas vinagradas como estoy bebiendo desde aquella noche, la sangre se me hubiera puesto tan blanca como la orchata. ¡Ay qué susto, mi amo, qué susto!

—Mira, Pelegrin, si no has de salir de esa especie de letania; si te has de llevar una hora diciendo ¡qué susto, qué susto! sin esplicarme la causa, desde luego puedes hablar de otra cosa, ó descansar ó hacer lo que gustes.

—Alla voy mi amo; pero sepa usted que solamente de recordarlo todavia me dá miedo. ¡Ay que chifla! si usted la hubiera oido se hubiera figurado que era la chifla del siglo.

—¿Acabarás de una vez, Pelegrin?

—Pues señor; como iba diciendo, usted sabe que casi todas estas noches usted me ha dado licencia para ir á la feria, y que he ido á ella varias veces, porque me gusta ver tanta lucecita reunida, tantos pabellones y tanta cosa buena como allí se encuentra. Despues que veo tanto farolito con luz, y tambien algunos *faroles* y *farolones* apagados, la noche que tengo cuartos me como unos cuantos buñuelos con mil, me echo al coleto una copita de marrasquino y vuelvo á esta pobre celda con el cuerpo tan entonado. Eso mismo pensé hacer la noche del viernes; pero ¡ay Dios mio! el susto que llevé fué tan grande que por poquito me dá un accidente.

—Adelante, Pelegrin, adelante.

—Figúrese usted, mi amo, que yo habia oido decir que los toros que se van á lidiar esta tarde serian muy bravos porque pertenecen á una acreditada ganadería. Tambien habia oido decir que los bichos llegaban á Cádiz el viernes en la noche; y cuando estaba pensando precisamente en esto, oigo en la feria una de silvidos que me dejaron casi sordo. No pude menos de creer que los toros habian llegado á Puerta de Tierra, y que algunos de ellos se habian desmandado y habia llegado hasta la velada. De aquí fué

mi miedo. ¿Cómo un pobre viejo, y cojo por añadidura, podria correr para librarse de las cornadas y embestidas de la fiera? Lo que hice fué arrinconarme contra la pared temblando como un azogado. Entretanto los silvidos crecian con mas fuerza, y en medio de tan espantosa chifla se oian algunas voces de *El Narangero, El Narangero*, todo lo cual me confirmaba en la creencia de que seria algun toro, pues generalmente en las ganaderias conocen á los toros por algun nombre; pero pronto me tranquilicé algun tanto porque la multitud se fué acercando hácia donde yo estaba, y pude ver que al que silvaban no era un vicho, no era un toro, no era una fiera, sino un hombre con unas narizotas como las de Fernando VII, al que muy pronto reconocí. ¿Vaya que no acierta usted quién era el objeto de la chifla?

—¿Cómo lo he de acertar, Pelegrin, si no he ido para nada á la feria de las Delicias, y hace ya algunos dias que no salgo de la celda?

—Pues era nada menos que el duque de Montpensier; ese señor que anda como el Judio errante en busca de una corona, y que tiene hambre canina de ser rey. Confieso á usted francamente que si no hubiera sido porque todavia estaba temblando, al ver aquel *quid pro quo* me hubiera reido á trapo tendido.

—¡Con que está ahi el duque de Montpensier!

—Si señor, ahi está ese capitan general *supernumerario*. Despues lo he visto de dia, porque se pasea mucho con los alcaldes unionistas, y puedo decir á usted que desde que ese hombre mató á su primo don Enrique parece que tiene sombra.

—¿Y no sabes á lo que ha venido ese señor?

—Qué se yo. Lo único que sé es que antes de que viniera llegaron á Cádiz el hermano Rios Rosas; y que se dice que vendrá tambien el hermano Topete, y que antes de todo esto se celebró en un cortijo situado en el término del Puerto de Santa Maria un banquete al que asistieron varios regidores unionistas del ayuntamiento de Cádiz, el alcalde del Puerto y el de Jerez, y que dicho cortijo estuvo custodiado mientras duró el convite por una guardia muy negra.

—Vaya, hombre, no dejan de ser noticias esas que te agradezco mucho que me las des. Y dime, Pelegrin ¿no has tenido otro susto mas que ese en la semana que acaba de pasar?

—Si señor, he tenido otro; por eso quiero que se titule esta capillada NO SE GANA PARA SUSTOS. La semana que acaba de pasar ha sido muy aciaga para mí.

—Cuéntame, Pelegrin; cuéntame todo lo que te haya pasado.

—Del otro susto tuve yo la culpa, pues fué por mi curiosidad. Desde que empezó el jaleo entre franceses y prusianos, á pesar de que me toco de los nervios cuando oigo hablar de ametralladoras, de chasepot, de agujas y de otros alfileres por el estilo, me gusta adquirir y saber noticias. Asi es que me he podido enterar de que los prusianos han ganado tres batallas seguidas, dejando á Napoleon III mas chiquito que una hormiga; que en Paris nadie quiere á ese emperador que tan cruel y sanguinario ha sido, y que la mayor parte de los parisienses victorean la república, lo mismo que los marselleses. ¡Viva la república, mi amo, viva la república!

—Todo lo que me estas contando es ya viejo, Pelegrin; si no dices otra cosa nueva, lo que estás refiriendo lo sabe todo el mundo de memoria.

—Aguarde usted un ratito, mi amo, que voy á soltar la gorda. Pues señor; al salir el otro dia para adquirir mas noticias, porque me habian asegurado que las habia de tomo y lomo, me dijo un amigo que de órden de la autoridad local habian sido presos é incomunicados los ciegos. ¡Santa Bárbara! esclamé. El señor Valverde es tan aficionado á que se hagan prisiones que el dia menos pensado como pueda ha de mandar prender hasta las ratas. Si hoy le ha tocado á los pobres ciegos mañana le tocará á los mancos y pasado á los cojos, ¿y entonces qué será de mi, y que desazon tan grande no tomará mi amo? Por lo que pudiera suceder fuí á ver á un esclaustrado conocido mio, y le supliqué me avisase de lo que ocurriese, pues yo me iba á encerrar en mi celda con propósito de no salir hasta que no mejorase el tiempo.

¿Y cómo has salido tan pronto, Pelegrin?

—Porque el esclaustrado conocido mio

vino y me avisó que el juez del distrito de San Antonio, tan luego como recibió el parte de la alcaldia habia mandado poner inmediatamente en libertad á los ciegos. Me aseguró tambien ese conocidos y despues lo he oido asegurar á otra, varias personas, que los jueces de Cádiz no atienden á espíritu de partido, sino à obrar con rectitud y justicia. Todo esto me tranquilizó y por eso salí del escondite. Estoy seguro, mi amo, que si hubiera venido á buscarme la policia de Valverde, no me encuentra.

—Me alegro, Peligrin, de que tengas esa seguridad, porque el saberlo tambien me tranquiliza. Pero te advierto que va siendo tardecillo, y que se acerca la hora de que vayas á ver la corrida.

—Aseguro á usted, mi amo, que por un lado tengo deseo de ir, porque me gusta mucho ver trabajar al Gordito y á Frascuelo, y por otro lado se me quita la gana porque no quisiera encontrarme con la cara de Cain y llevar tambien otro susto ma úsculo en la plaza.

—Preciso es que vayas, Pelegrin, y hasta te lo ruego. Tú me has hecho contraer un compromiso con el público de referir todo cuanto ocurra en las corridas de la temporada, y los hombres honrados deben cumplir religiosamente todos los compromisos que contraen.

—Usted no tiene que rogarme, mi amo, sino mandarme, porque en los muchos años que me tiene usted á su lado, ha sido usted tan bueno para mí, que seria yo el hombre mas ingrato si no hiciese con el mayor gusto todo cuanto sea de su agrado. Voy, mi amo, voy; pero antes dejaré preparada una tacita de tila para bebérmela cuando llegue si me toco de los nervios en la plaza. De seguro que me toco si llego á ver la cara de Cain.

—Haz por no verlo, Pelegrin; colócate lejos de donde esté, y entre tanta gente como concurre á esa diversion no es difícil que pase para tí desapercibido.

—¡Dios lo haga! hasta luego mi amo.

—

A las cuatro en punto y con muy escasa concurrencia, se presentó en el palco de la presidencia el señor Gobernador civil de la provincia y empezó la fiesta sin la asistencia de Cain II que segun se habia dicho, no faltaria à ella. Este retraimiento del público gaditano, es el último desengaño que le estaba reservado á Montpensier. Váyase en buen hora y déjenos en paz que bien ha venido á turbarla al final de la féria.

Hecha por el presidente la señal se presentó la cuadrilla y despues del saludo y colocado cada prójimo en su puesto, salió á la plaza el bicho

PRIMERO.

De pelo negro, buen trapio y cornigacho, de condicion bravo y de cabeza. En cuatro varas que tomó de Sacanelles, le hizo dar tres caidas y una de ellas con peligro y librado á tiempo por el Gordo, sin mas novedad que cuatro heridas á los caballos. De Onofre tres con una caida y muerte del caballo, y dos de Pinto con un marronazo y pérdida del caballo.

El Gordito con su mucho arte dió en los quites dos navarras hincada la rodilla. Frascuelo le hizo al bicho una colada y no pudo rematar el cuarteo. El Gordo siguió luciéndose en los cuarteos secos sin mover los piés. Al toque de banderillas, el Pescadero le puso dos buenos pares al cuarteo y á toro parado, su compañero Sanchez Campo uno bueno tambien cuarteando. El Gordo que vestia rico traje color celeste y oro, cogió los trastos, se fué al toro solo y despues de brindarlo, lo pasó con ocho naturales, uno de pecho, otro redondo y uno mas á la navarra, dándole, una en hueso y otra buena aguantando a un tiempo, descabellándolo bien á la primera vez de intentarlo:

SEGUNDO.

Colorado, retinto, de buen trapio y corni-delantero, con buenas puntas.

Su condicion bravo, duro de cabeza, recargando sin temerle al castigo. En 15 varas que tomó y una colada a Onofre, hizo dar cuatro caidas, hirió tres veces los caballos y mató dos.

Al quite el Gordo que siguió luciéndose con sus navarras, y Frascuelo que siguió bregando bien.

Pablo Herraiz, despues de una falsa salida, le puso un buen par al cuarteo y otro mejor al relance. Su compañero el Mota uno bueno cuarteando.

Frascuelo que vestia buen trage verde y oro, lo pasó con tres al natural, uno de pecho, dos cambiados y tres redondos, para darle muerte de una arrancando cambiada al lado contrario y sesgada, acompañado en su faena por tres banderilleros.

TERCERO.

Pelo negro, buen trapio y bien armado, con buenas puntas. De condicion bravo, arrancando de largo.

Diez varas tomó, hizo dar tres bataca-

zos y tomar olivo á Calderon, colándosele suelto, matàndoles cuatro caballlos á los ginetes. El Gordito en la salida del toro cuando estaba en todas sus piernas, le dió cuatro cuarteos en seco desafiando su fiereza en la salida cruzado de brazos. Tambien dió dos navarras en los quites hincada en tierra la rodilla.

Sanchez Campo le colgó un par al cuarteo, y Manolin un solo palo.

El Gordo se fué tambien sólo á la faena, y lo pasó tres veces al natural, uno de pecho, otro cambiándose en la cabeza y uno redondo, para darle media estocada citándolo á recibir y una buena recibiendo con alma, descabellándolo á la primera vez que lo intentó.

CUARTO.

De pelo hosco, retinto arromerado, bragado, de buen trapio y cornivaleto. Su condicion bravo, de cabeza y recargando. Tomó diez varas, hizo dar tres caidas, tomar el olivo á Onofre y se le coló suelto à Calderon. Mató cuatro fogosos alazanes. El Gordito encerrado con el toro en la barrera, y de dentro à fuera, se estuvo luciendo con el bicho, cuarteándolo en seco y á la navarra, hincada la rodilla por tres veces. En esta suerte nos ha demostrado el Gordito la gran inteligencia que posee en el toreo, y que cuando se ve apretado ninguno raya à la altura que él y á todos los echa por la trocha. Almilla le puso un par al cuarteo, y Pablo Herraiz dos buenos de la misma manera. Frascuelo, despues de cuatro pases naturales y uno redondo le dió una estocada arrancando, sesgada, descabellándolo á la primera intentona.

QUINTO.

De pelo cárdeno oscuro, buen trapio y cornicorto; su condicion bravo, pero se huyó al castigo. En ocho varas que tomó hizo dar un batacazo á Sacanelles, tomar el olivo á Calderon, causando dos heridas á los caballos y despachando tres para el otro barrio. Al quite el Gordito y Frascuelo. Un tal Morales le puso un par con poco arte, y el Pescadero uno bueno al cuarteo. El Gordito, despues de cuatro pases naturales, le dió una estocada a volapié un poco baja. Y como no se lleva un copas para medir el sitio, *no hay motivo para tanta desazon....*

SESTO.

De pelo hosco retinto, de buen trapio y corniabierto; su condicion bravo y noble. Tomó nueve varas sin mas nevedad que colarsele suelto a Calderon. Mota le puso dos pares al cuarteo, y su compañero Almilla otro de la misma manera. Frascuelo lo pasó con veintitres pases naturales y tres cambiados, dandole dos estocadas en hueso, un pinchazo y otra buena arrancando, calada de arriba abajo, de la que lo echó a redar.

APRECIACION.

La corrida se puede calificar de buena El ganado de Miura ha correspondido á su mucha fama. El Gordito, como se verà por nuestro relato, ha demostrado una vez mas lo mucho que vale en el toreo y que seguramente no tiene rival. Frascuelo es buen torero, briega bien y sabe dar buenas estocadas, y nosotros diremos que

por serme el uno simpático
no me es el otro antipático.
A cada quisque lo suyo.

Tanto la gente de á pié como la de á caballo, de ambas cuadrillas, han trabajado con acierto y deseos de agradar. La presidencia, acertada. La entrada con poca concurrencia con motivo sin duda de haber circulado la noticia de que Montpensier asistiria á la corrida. La empresa ha sido la que ha perdido en la jugada, y lo sentimos sobremanera, visto el afan que ha demostrado hasta aquí por complacer al público.

Hoy seguramente en el Puerto habrá una gran entrada, pues se nos asegura que D. Antonio ha determinado no exhibirse mas en estos espectáculos en busca de mas popularidad.

Juan Claridades.

CADIZ: 1870.

Tip. de la Paz, Enrique las de Marinas 31